

RS467

# EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

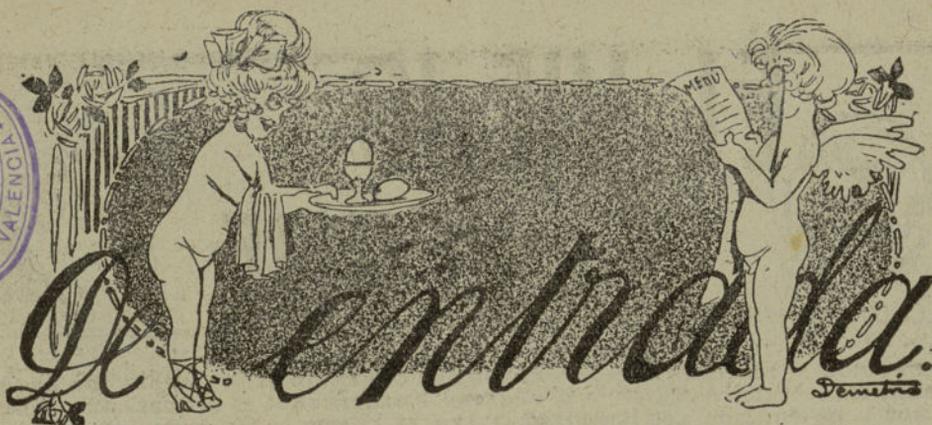
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PASAJE DEL COMERCIO, 11. :-: APARTADO DE CO-  
 RREOS 694 :-: TELÉFONO 3.163 :-: 16 PAGINAS, 5 CÉNTIMOS :-: 25 EJEMPLARES, 75 CÉN-  
 TIMOS :-: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :-: AÑO II :-: NÚM. 31 :-: MADRID, 31 ENERO 1915.

DE MONOS



Así voy a estar hasta que venga ese; y para que vea que me es indiferente, estoy dispuesta a no moverme,





## Un secreto arrebatado.

Para Angel G. Lugea.

Era en el mes de julio, hacía poco más de una semana que nos había dejado en Larache el "infortunado "Canalejas", vapor que hace la travesía desde Cádiz.



Sardina.

La que se tapa.—¡Mira, mira, junto a aquella valla!  
La otra.—¡Cielos! ¿Es tu marido aquél que se pega a las tablas?

El viajecito, aunque corto, hizo que no quedara socio alguno que desembarcara con plata, pues, si muchas pesetas llevábamos, todas fueron cambiadas a bordo, y aun hubo alguno que, dilapidador de sí, en la barcaza, que desde el vapor a tierra nos condujo, cambió hasta un billete de cinco duros.

Quedamos establecidos en el campamento de Nador, que se halla situado en la costa, sobre un arenal y a pocos kilómetros de Larache.

La vida en el campamento era de un aburrimiento horripilante, que, unido al calor insufrible, nos hacía pasar el día a la sombra de una tienda, mirando al mar. "La mar" de divertido.

Por toda distracción y atracción existía una cantina—pequeña barraca construida con unas cuantas tablas—, donde el "maitre"—un andaluz que en sus buenos tiempos seguramente fué honrado contrabandista o ágil saltador de caminos—, expendía un líquido de olor, color y sabor asqueroso, al que daba el nombre de exquisito caracolillo, servido en unos vasos sucios y acompañado de unas cucharillas de metal negro, con un agujero previamente hecho en la pala—o, por mejor decir, paletilla—, para evitar que los buenos clientes que allí concurríamos las tomáramos cariño y las raptáramos.

No era de extrañar que, ante tales encantos, sintiéramos el tedio en toda su extensión y no admiráramos lo bello del paisaje que desde allí se descubría, que el mugir de las olas nos fuera indiferente y que los "golpes" de mar no nos hicieran gracia.

Y siempre sucedía que nuestra vista iba a fijarse en el camino arenoso que, arrancando del cementerio cristiano e internándose entre una cabila, formando estrecho callejón bordeado de chumberas, desembocaba en el zoco, uniendo

así el campamento con Larache, porque, sí era verdad que Larache por aquel tiempo, era poco más que Alcorcón, tenía, sin embargo, su cine, instalado en un barracón, y su café Español, a más de unos pequeños tugurios, con presunción de "bars", donde podíase alegrar un poco la vida consumiendo unos chatos de manzanilla, o tila, o lo que fuese, y zaragátear otro tanto con las camareritas que servían. Bueno, que servían para tirarlas al mar.

Así, pues, hubimos de ingeniaros otro aburrido y yo, para, bonitamente, "largarnos" a Larache todos los días, recorriendo aquel camino arenoso, donde nos hundíamos hasta las rodillas, y teniendo buen cuidado, al desembocar en el zoco grande, de apretar el paso para no ser descubiertos por algún jefe, que, sentado a la puerta del café Español, allí situado, pudiera detenernos en nuestro deseo de distraernos.

Y todos los días, con nuestro fusil al hombro, desayunábamos en la fonda de Francia y nos internábamos en una plaza de forma irregular, circundada de barracones y situada al lado del zoco, que hacía el papel de mercado, y que nosotros, con el nombre de Alhóndiga, la habíamos bautizado. Y entre el griterío de los mozos y los chillidos de alguna mora por haber notado que alevosa mano la exploraba—mano que tenía que ser lavada, pues aun cuando aquellas moras no destiñen, sí manchan—,

nos acercábamos a la costa y penetrábamos en una barraca pequeña y sucia, donde una morena servía unos ardientes refrescos.

Se componía el "bar" de dos piezas contiguas; en una estaba situado el mostrador; la otra era el reservado, que, forrado con unas planchas de zinc y dividido en dos por un tabique de tablas, servía de picaresco retiro.

Era la moza morena, no muy alta y metidita en carnes. Reía con gracia, y al reír, dos hoyuelos simétricos se marcaban en sus mejillas. Los brazos, górdzuelos, siempre estaban descubiertos hasta el codo, y completaban su belleza un pie bonito, calzado siempre con buenos zapatos, de donde arrancaba una pierna fina, cuidadosamente cubierta con media de gasa.

La chiquilla nos traía de cabeza; palabra.

Siempre metidos allí, poco a poco y a fuer de constancia, nos iba haciendo concesión de sus gracias (gracias que nosotros la devolvíamos), hasta que una mañana, la chiquilla, fuera por el calor o por la simpatía que nos iba uniendo, se nos descubrió más que de ordinario y nos habló de confarnos su secreto; una cosa negra que en su interior tenía escondida y de la que nos quería hacer partícipes.



Yo sigo haciendo blancos en mi casa.

## LOS CIGARRILLOS DE CUPIDO,

O como conquistan algunas hermosas.

### I

Noche propicia para escarceos amorosos...

El firmamento, de azul purísimo constelado de luceros, parecía rico manto bordado de flores, digno de cubrir las turgencias del venusino cuerpo de una diosa pagana ávida de placeres.

Aleve ventecillo, al acariciar los rostros, hacía sentir la frescura del ambiente; las mujeres hermosas que, alegres y bulliciosas se dirigían al teatro, con el incitante mirar de sus ojazos, daban mucho calor...

Las parejas, muy juntitas, cogidas del brazo, se estrechaban con marcado dejo de lascivia. El autor de estas líneas, un tanto envidiosillo, no sabiendo qué hacer, rió... rió burlón...

¡¡Picaro frío!!

Una hembra dislocante, andaluza castiza y neta, cruzó la calle ante mí. No vacilé en piropearla. "Ella" me miró con fijeza, sonriendo después provocativa y graciosa.

Dirigióse al despacho de billetes, y a medida que se alejaba, sentí que mi frío iba en aumento...

Corrí a la taquilla y grité al empleado:

—Un asiento de butaca correlativo con el que haya tomado esa señora...

El aludido, tras de hacer un gesto de extrañeza, dijo:

—Aquí tiene usted. Fila cuarta, número 16. "Ella" tiene el 14...

Al acomodarme en mi asiento, dí con efusión las buenas noches a mi "bella desconocida" que me contestó friamente, sin dignarse mirarme siquiera...

Entonces pensé con tristeza en las parejas que, muy juntitas, cogidas del brazo, se estrechaban con marcado dejo de lascivia...

### II

Parecíamos dos enemigos o, al menos, dos novios disgustados... Yo, la contemplaba en silencio, mientras "ella", haciendo de mí caso omiso, dirigía sus resplandientes miradas en todas direcciones a través de los elegantes gemelos.

De pronto adquirió su rostro una expresión extraña, y, acercándose a mí, me habló con dulce voz, casi rozando mi oído con sus sensuales labios:

—Mire, mire... ¡Valiente cursil!...



Ella.—Yo creí que aquello era pedir-me relaciones; ¡cómo me dijo usted que tenía los ojos grandes...!

El.—Señorita: el que un hombre diga a una mujer que tiene una cosa grande, no le compromete a nada.

Y así andábamos, y ya íbamos a unirnos a aquella chiquilla con su secreto, cuando en el otro rincón—y no otra cosa era el reservado de al lado—se oyó el batir palmas de algún recién llegado parroquiano, y la moza partió de mis brazos, dejándome con una curiosidad de a palmo.

Como tardase, aplicamos el oído al débil tabique que separaba entrambos reservados, y oímos cómo el disputar de un hombre con nuestra camarera, el rodar de una silla por el suelo, como una breve lucha...

Algo funesto creímos que allí pudiera ocurrir, y con resolución, irrumpimos en la pequeña estancia y... ¡horror!

El capitán de nuestra compañía estaba forzando a que le descubriera el secreto de que nos había hablado a nosotros y de que él se enteró a través del endeble tabique. Descubierta el secreto por haber sido forzada, ¿qué nos quedaba que hacer allí?

El mar mugía. Nos arrimamos a las tablas. Salimos.

Manuel Guio.



*Una.*—Este que nos sigue debe estar loco, porque no hace más que burlas con la lengua.

*La otra.*—¿Y por eso va a ser loco? Será nervioso, mujer.

## DISPUTANDO



El.—¡En este estado de cosas no podemos continuar!

Ella.—Es verdad; en este estado no se puede estar mucho tiempo.

Yo, estupefacto, apenas podía articular palabra:

—¿Eh?...

“Ella”, ante mi turbación, añadió:

—¿No comprende?... (Dándome sus gemelos.) ¿Ve usted a aquella almibarrada jovencita, rubia, que se halla echada de pechos en la platea?... Tan chiquita—porque apenas si contará dieciséis años—y, sin embargo, ya tiene muy ensayado un “flirteo” a su manera...

Pasado el momento de vacilación, la interrumpí audaz:

—Hace divinamente. Yo aplaudo su proceder...

—¡Extraño gusto!, porque lo que es a mí, me parece muy ridículo...

Admirado del giro que tomaba nuestra conversación, a ñadí, con acento de hombre convencido:

—“El arbolito, desde chiquito...” Así son las mujeres, que a mí me entusiasman; confieso mi debilidad por esas jovencitas traviesas y vivarachas...

—¡.....!

“Mi bella desconocida” se mordió los labios...

### III

A causa de mis últimas palabras comenzaron las hostilidades... Eramos dos perfectos enemigos:

—¡Ya hace rato que debía haber comenzado el espectáculo!...

—Por mí, que estén tranquilos: no tengo prisa...

—¡Al diablo con los cómicos!

—¡Grande injusticia!...

—Y todo, para escuchar la gran lata...

—¿Quién como ellos sabe transportarnos a los mundos del ensueño?...

—¡Sí, sí!... Y hablarnos de hombres que no saben amar...

—Y decirnos de mujeres que tienen el corazón hecho de aire, como las muñecas...

—¡Así debiera ser, para bien nuestro!...

—¡Así es, para nuestra desgracia!...



El (distráido).—Perdone, hermana.

## ENTRE BASTIDORES



*El admirador.*—¿Y empezó muy joven?

*La tiradora*—A los catorce años.

*El admirador.*—¡Ahora me explico que no se le escape a usted ni uno!

—¡Ingratos hombres!...

—¡Coquetas mujeres!...

Quedó cortado nuestro acalorado diálogo. El telón se alzaba lentamente...

### IV

La música vino a hacer nuestras paces...

"Ella" escuchaba los musicales acor-

des, teniendo los párpados entornados, presa de seductora somnolencia.

Con los brazos caídos en lánguido abandono, reclinada la cabeza, nidal de ilusiones, sobre el hombro derecho, miraba alternativamente a la escena y a mí...

"Los cadetes de la Reina", era una opereta delicada y muy de su agrado.



El (piropeando).—¡Qué rica! ¡Qué tierna!

Ella (aparte).—Este me ha tomado por una torta de las Ventas.

Llamábale poderosamente la atención el carácter de aquella dama que quería con loco frenesí, sin que nadie comprendiese la intensidad de su amor. De tal asunto hablamos bastante y comentamos más. Yo insistía en calificar a la protagonista de muñeca con corazón hecho de aire... "Ella", por el contrario, argüía que una hembra así era mucha mujer...

Al terminar la representación, le ayudé con extremada solicitud a ponerse la salida de teatro, de un color rojo, igual al de sus labios prometedores, que, como mágica pincelada, se destacaban en su tez morena...

Dado lo avanzado de la hora, me ofrecí galante a acompañarla hasta su casa. "Ella" aceptó.

Una vez en la calle, cogióse a mi brazo, y, dijo, estrechándole con fuerza contra su seno:

—Me es muy grata su compañía, a pesar de que soy muñeca cuyo corazón—como hecho de aire—ha mucho tiempo que voló...

Ya en su casa, "ella" me condujo a un gabinetito coquetón, retiróse un instante, y, a su retorno, apareció ante mí tocada con elegante peinador, que ponía más de relieve sus encantos.

Tomó una cajita de labrada madera de sándalo y extrajo de ella dos cigarrillos exquisitamente perfumados. Ofreciome uno, que fumé con avidez; la hermosa mujer hizo lo propio.

Después, sentada junto a mí, pasó su mano por el respaldo del asiento y dejó descansar su cabeza en mi hombro...

Sentí que inusitado mareo se adueñaba de mí ser... Las compactas espirales de humo se esparcían por la atmósfera de la estancia en giros caprichosos, que me hacían ver toda una multitud de gnomos bailando fantásticas danzas...

"Ella" me decía, mimosa, acariciándome encantadora con sus pasionales miradas:

—¡Qué sensación tan sublime experimenta el alma cuando llega a ella el beño del amor!... ¿Verdad que los cigarrillos de Cupido te hacen abandonar tus absurdas teorías?...

Estrecho abrazo nos unió en tanto que, en la atmósfera de la estancia, multitud de alados duendecillos jugaban con nuestros corazones como si hubiesen sido de aire...

Y es que, al fin y al cabo, amor y aire son la misma cosa...

Antonio Moya.



El señor empresario que no contrate a Juan Vandel es un tal y un cual.

La Dirección

DESPUES DE LA SESION O LA MODELO NUEVA



*La modelo.*—Aunque la postura es sencilla, me ha hecho sudar.

*La escultora.*—¡No te creas que yo no he sudado lo mismo!

*La modelo.*—Pero usted lo hace de afición...

### REDENCION

Cruzó ante mí dejando una estela embriagadora de perfume barato. ¿Qué sería—pensé por un instante, mientras la sensualidad, despertando de su letargo, maceraba la carne del pecado mortal.

Y tras ella fui; no sé si la verbosidad y el entusiasmo con que hablé o el tintinear de las monedas, fueron lo que decidió a mi incógnita "señora" a aceptar mis ofrecimientos, encaminando nuestros pasos a un reservado de Los Gabrieles.

Y allí, entre unas lonchas de jamón y otros mariscos sabiamente regados con el clásico "Agustín" y el "finolis" gaditano, empezó a desarrollarse una novela de amor barato, que no llegaré a olvidar nunca por la trascendencia que ha tenido en mi vida, trocando mi espíritu frívolo en refinado sentimentalismo.

Si quisiera explicar cómo llegué a hacer mía aquella mujer que me ofreció como una mercancía su amor, no sabría hacerlo, y es que cuando la sangre moza bulle, rugiendo de voluptuosidad por el azulco cordaje de las venas, el espíritu se adormece y la materia se impone vencedora, y así fué... Cuando desperté de aquel enervamiento, mi cerebro, presa aún de los efectos del alcohol, no podía concebir claramente por qué me encontraba en aquel estado; las ideas bullían, amartillándose con ensañamiento, y la carne se rindió de nuevo al cansancio.

¿Soñé? No sé si llegué a encontrarme en uno de esos momentos en que el espíritu, escapándose de la cárcel en que permanece aprisionado durante las horas del humano ajeteo, se eleva a las ignotas regiones de lo inmaterial. Hoy



**El.**—Te prohíbo que mires a la tercera fila de butacas porque está en la cuarta aquél necio que sorprendí de rodillas delante de ti, diciéndote sandeces.

**Ella.**—¡Qué ganas de trabucar las cosas! ¡Diciéndome sandeces!

mi cerebro recuerda no más que la divina efigie de una mujer ideal, no sé si forjada por los vapores de la embriaguez o retrotraída en una dolorosa remembranza de amor.

Las horas transcurrieron velozmente, hasta que un extraño movimiento me hizo volver a la realidad; abrí los ojos y el espectáculo que presencié puso náuseas en mi estómago y derrotó brusca-mente mis dulces ilusiones. A mi lado yacía dormida aquella mujer, que por un instante consiguió hacerme olvidar las amarguras del vivir; por su boca, en-

treabierta, se escapaba el aire, produciendo un ruido de órgano de iglesia; por sus mejillas corría el sudor, que, arrollando los menjerges con que se adobó el rostro, ponía en aquella cara clownesca ramalazos sangrientos; y amargamente pensé en los platos de garbanzos que habría trasegado aquella mujer de la vida galante, que, retardora y

altiva, ofrecía mendigante su amor a cambio de unas monedas.

Asqueado y conmovido salí a la calle; el aire de la madrugada azotó mi rostro, y, caritativo y maternal, barrió los últimos vapores de la embriaguez y las amargas impresiones de la última desilusión. A mi cerebro acudió de nuevo la imagen de la mujer que ví entre sueños,

## CRIADA NUEVA



*La señora.*—... y a los señores se les trata siempre en tercera persona...  
¿Tú sabes quién es la tercera persona?

*La criada.*—¡Como no sea el señorito que viene todos los días a verla a usted!...



Ella.— Antes de casarnos sentías delirio por mis piernas.

El.— Porque no pagaba las medias.

y al buscar en mi corazón aquellas horas de la lejana juventud, surgieron suaves remembranzas, que fueron para mí toda una revelación.

Aquella mujer que creí haber visto en sueños comenía el poema más sentido de mi vida; con refinamiento sivarítico fui rememorando aquellas horas de ingenuos amores, de sabias caricias y de rugiente pasión, que me hizo gustar la moza de ojos negros y mirares profundos; de boca golosa que incitaba a besarla, y labios como sangrienta herida, tras de los cuales aparecían los dientes como puñado de jazmines en lago de sangre. Su voz armoniosa, rezumante de mimos y promesas, supieron hacerme feliz y creer en la bondad de la vida. Un día, en uno de esos momentos en que el cariño sale del pecho en amigables confidencias, me contó su vida, vida de tortura y de prueba, en la cual, si llegó a vencer el amor, no por eso dejó de triunfar la dignidad de la mujer. Quiso a un hombre y cayó, pero cayó por amor, como se entregan esas hembras garriadas, de corazón bravío y alma noble.

Se dió de una vez, creyendo que su amor era correspondido, y así vivía ilusionada, alegrando con sus trinos aquel

lindo cuarto que en un rincón de Valladolid habitaba.

Un día sintió que en sus entrañas latía un nuevo sér, y cuando ella, gozosa, dió a su amante la noticia de la felicidad que se adentraba en el hogar, fué recriminada brutalmente por aquel hombre, que nunca llegó a quererla mas que egoistamente y como objeto de lujo y placer. El amante fué cobarde y huyó, abandonándola. La hija murió a los dos años, dejando triste y abatida a aquella desgraciada madre, y cuando, por las necesidades de la vida, iba a rodar por la pendiente del vicio, el dueño de un café, compadecido de sus desgracias, la admitió de camarera.

Allí la conocí yo; simpatizamos y no dudé que con el tiempo sabría la triste historia que acibaraba aquella existencia joven.

Le ofrecí mi amor al contarme su vida pasada; las compañeras, en su eterno "cotilleo", lo comentaron, y yo, hombre mundano y desprecupado, recibí con displicencia los "desinteresados" consejos de los amigos... que a mis espaldas la cortejaban.

Al recordar hoy aquellas escenas de amor y a la mujer por mí redimida, comprendo, comparándola con aquella



¡Suerte que *tié* uno!

EL VIEJO VERDE



## LA ARGENTINITA

¡Rica, preciosa! ¿Quién te quiere a tí? ¡Dilo tú, negraza! Bueno; ya estamos un poco más tranquilos y podemos razonar, porque es que nos hace un taco la estupenda chiquilla. ¡¡Guapa!! ¿Ven ustedes? Ya estamos otra vez. La Empresa de Romea está dispuesta a demostrarnos que hay artistas de variedad en España, y lo demuestra todos los días. La Argentinita y Shary-Djely, llenan el teatro todos los días (por la tarde también hay función). Shary-Djely es una artista estupenda y La Argentinita... ¡Rica! ¡Artista-za! ¡Ay, qué mordisco nos hemos dado en la lengua!

otra que me dió su cuerpo por un puñado de calderilla, la grandeza de alma de la morena P..., y veo razonada su caída. No se vendió al vil metal; no se rindió ante las halagadoras promesas de la vanidad, ni quedó deslumbrada por un fastuoso lujo; se entregó por amor y fué digna de ser redimida. Jesús de Nazaret también la hubiera absuelto como a aquella otra mujer de lujo y de place-

res que se llamó María Magdalena, y que, si mucho pecó, fué perdonada también, porque amó mucho.

.....

*Léanse con interés los anuncios telegráficos de EL VIEJO VERDE: Una peseta las diez primeras palabras; cada palabra más les cuesta a ustedes un sentido.*

## Monomanía de grandeza

La mayoría de las personas han dado en usar, en tono despectivo casi siempre, y venga a cuento o no—olvidando a sabiendas su significado científico—la frase "Monomanía de grandeza".

Y muchas de las veces que son empleadas estas palabras justas, se hace con la sana intención de menospreciar las aspiraciones, el estricto concepto de la dignidad y la educación, y la cortesía, intachables, insuperables, de determinadas personas, que por azares de la vida se desenvuelven en un plano social humilde, pero que a ninguna hora saben ni quieren desprenderse de su "yo" moral, que está muy por encima de todos los convencionalismos y grandezas, de todas las apariencias y dignidades cuyo origen sea—¡hay tantos casos conocidos!—una liviandad retribuida por "una grandeza consolidada ya" con unos garabatos ilegibles, escritos en magnífico papel para encumbrarle.

---

### PENSAMIENTOS FÚNEBRES



*El torero.*—¡Chavó qué negra!

*El apoderado.*—Mira *Almendruco*: preocúpate de que mañana tienes que matar dos moruchos y que puedes tener una cogida. ¡Déjate de frivolidades!



*El.*—Y... y se casó la princesa y se acabó el cuento.

*Ella.*—¡Pues no le he visto la punta!

---

Uno de estos casos de "Monomanía" es mi desdichado amigo Arquímedes "el Clonw". La majestad solemne de su noble figura no se borrará jamás de mi memoria. Ignoro de dónde viene; pero está en París. Ayer le he visto desde lejos. ¡Pobrel... Debe estar muy mal. Como cuando le hallé en Madrid, hará poco más de un año. Así estaba. Como aquella tarde en la Puerta del Sol. Apoyado contra un poste, soñando de pies y despierto; embutido el rostro en el cuello de lo que fué un espléndido, elegantísimo gabán; las manos en los bolsillos. De cuando en cuando, levantaba un poco la cabeza, miraba a los transeuntes, extendía, vergonzoso, una mano, recibía o no la limosna solicitada y tornaba a su inmovilidad.

Desde que dejó de ser el payaso inimitable, desde que desapareció de las pistas de los circos—del mundo de los vivos para un artista cuyo nombre deja de leerse en carteles y periódicos—nadie volvió a recordarle en letras de molde; y muy contados admiradores o conocidos volvieron a hablar de él. Su lugar en la pista lo ocupa cualquier payaso de tres al cuarto; su asiento entre los que des-

pués de la función le acompañaban, fue suprimido hace mucho tiempo.

¡El amigo!... ¡El artista!... Nada más fácil de sustituir, de suprimir, de olvidar, sobre todo entre las gentes que presumen de cultas, de educadas, de mundanas. "Desapareció Fulano... Un revés de fortuna lo sumió en la miseria... ¡Bah!... ¡Zutano ha muerto!... ¡No había de vivir siempre!... Se nace para eso!... para triunfar o para sufrir y, sobre todo, para dejar de ser... Hablemos de algo agradable..."

Yo no quería que me viera Arquímedes, porque sufre grandemente cuando alguien le reconoce. Me limité a observarle. Algunas de las personas a quien le ví aproximarse, han pasado después cerca de mí hablando de él. "Sí, hombre—decía un pollito escuchimizado a otro que con él iba, abrutado, burdote—. Es que no le recuerdas... Es ese pobre que se las da de potentado y elegante. Fíjate. Con verle basta para convencerse de que sufre un ataque de monomanía de grandeza..."

Y es que hay cosas que no se compran ni se heredan. En dos versos, hablando de sí mismo, lo dice un gran poeta español, contemporáneo nuestro.

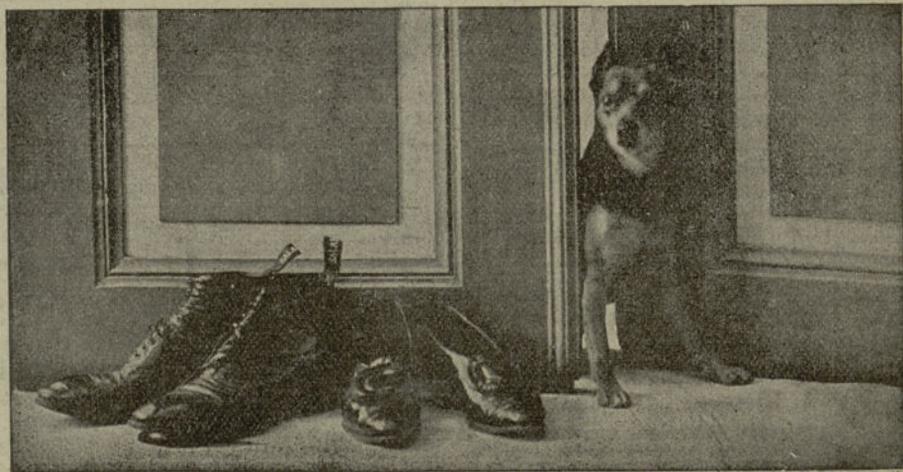
"De mi alta aristocracia jamás duñar  
[se pudo.  
No se heredan, se ganan, elegancia y  
[blasón."

Y es cierto. Hay tanto animal por esas calles vestido de señor, hijo de señores,

cuya ropa elegante le sienta a uno como a un Santo Cristo un par de pistolas, y cuya educación y proceder más se asemejan a los naturales y lógicos de un conductor de carretas...

Margot, una linda mujercita de pro-sapia ilustre, dió un día "el salto atrás" y salió de su casa con el sano propósito de trasladarse al Paraíso terrenal e imitar a Eva. Pero se encontró tan poblado el mundo, que no tuvo necesidad de emprender el viaje hasta el lugar bendito para cortar de las ramas del árbol del Bien y del Mal la fruta prohibida. Y se quedó en París. Y vivió como tuvo por conveniente. Y en los últimos años de esplendor artístico de Arquímedes, le aplaudió y cenó a solas con él muchas veces. Llegó a estimarle y a quererle. Inopinadamente desapareció el artista. Anoche le ha vuelto a encontrar, pero de modo muy distinto al que ella podía esperar. Le invitó a subir a su carruaje, a cenar, como en otra época... Y como en otra época, el "Clonw" aristócrata, elegante, caballeroso, vivió a su lado toda una noche. Esta mañana, Margot ha recibido un magnífico ramo de flores, que Arquímedes ha debido comprar con las monedas pedidas de limosna en plena calle.

Margot, secándose las lágrimas, me decía esta mañana, besando la tarjeta que nuestro amigo le mandó con el "bouquet": "Si hubieras podido verle, oírle... Ni una lamentación respecto a sus sufrimientos; ni siquiera permitirme que



El perro. - ¡Vaya, vaya, vayal...

me interesara por él... Era el mismo, como entonces, como cuando le conocí. Caballeroso, atento, amable, correcto, de conversación amena, galante... ¡El mismo! ¡Pobre payaso mío! Le quiero mucho... El no me ha querido a mí del mismo modo.

—¿Lo amas tú?...

—Pues si así no fuera, ¿le hubiera hablado cuando le reconocí? No creo que vuelva a verle. Al salir de casa ha hablado sólo, y según el criado que le abrió, decía: "Margot es digna de que yo me hubiera enamorado de ella cuando la conocí." Saludó al criado amable, le entregó cinco francos y, silbando un cuplé, pasó el dintel de la puerta. No volverá a verme como le he rogado. Ya lo ves. Mira su tarjeta... Como entonces, como cuando tenía para regalarme un abrigo de armiño... Léela; su nombre nada más... Esta tarjeta de hoy la guardaré con mucho más gusto que aquellas otras. ¡Pobre Arquimides! Un hombre educado, digno, atento, galante, cuando no tiene que llevarse a la boca, cuando ha de gastar en flores lo que la caridad pública le da, céntimo a céntimo, y que él necesita para comer!... ¡Es una rara flor que no conocía, y cuyo aroma me ha hecho un grandísimo daño al aspirarlo!... ¡Y he sabido que le llaman monomaniaco!...

Alvaro Garcés.

## Serie A, núm. 1

A las Empresas periodísticas.

¡Abrocharse, señores; que pasa "en" corresponsal de periódicos D. Diego Torres Cabrerizo (de Cádiz)! El pobrecito pedazo de nuestra alma debe más de 300 pesetas a esta Administración. Si nosotros con este señor adoptáramos el procedimiento "cómodo" de robarle la "cómoda", se "incomodaría". Eso es.

.....

El sastre de la calle de la Cruz, 42, Víctor González, es el único sastre que no cobra absolutamente nada por hacer un traje. ¡No atropellar, que yo me explicaré! No cobra nada, porque si le fuera a poner precio al "milagro" de hechura de los trajes que salen de su taller, no habría dinero en el mundo.

.....

Imp. de "El Mentidero",—Carrera de San Francisco, 13,—Madrid

### ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Cinco céntimos palabra.

**N**ecesitamos una mano pura, para extraer pa-peletas en una rifa que proyectamos.

**P**ara casa de huéspedes hace falta criada que no sepa gran cosa. ¡Si ent a sabiendo...!

**C**on prudencia; puedes venir a las diez; tengo callos, no pises fuerte.—*Aurora*.

**Postal:** ¡Si fueran ustedes solos!—*Lola*.

**N**ecesitamos un chico; aunque si alguien que tenga medio chico, puede aproximárnoslo.

**U**na viuda guapísima y sin hijos, desea ocupación por la tarde

**N**o hagas caso chismosos; el boticario de este pueblo resulta ser tu amigo Juan, del que no me separo para tu mayor tranquilidad.—*Juana*.

## CUATRO LIBROS INTERESANTES

**Fruta prohibida :: Los quince goces del matrimonio.**  
**:: :: Misterios y secretos del lecho conyugal :: :: ::**  
(Dos tomos con grabados.)

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos o un dólar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente a **Antonio Ros, librero, Ja-cometrezco, 30, 6.º dra., Madrid** (Casa fundada en 1896).—**Biblioteca privada.**—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pts.—**Exportación, por mayor, de Revistas Ilustradas y periódicos** a los señores libreros y Corresponsales de España y América.